

V.E.
SCHWAB

EL
ARCHIVO

minotauro



EL
ARCHIVO

V. E. SCHWAB

minotauro

Título original: *The Archived*

© 2013 Victoria Schwab
Publicado por acuerdo con la autora,
representada por BAROR INTERNATIONAL, INC.

© Traducción de Julieta Gorlero

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0797-6

Depósito legal: B. 24.458-2019

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

UNO

Esto realmente no es comenzar de cero. Me recuesto sobre el coche y observo de arriba abajo el Coronado, el hotel convertido en edificio de apartamentos que mi madre y mi padre encuentran «tan encantador». Sombrío, de ojos grandes, me devuelve la mirada. Pasé todo el viaje en coche haciendo girar el anillo que llevo puesto, recorriendo con el dedo gordo las tres líneas grabadas en su superficie, como si el aro de plata fuese un rosario o un talismán. Pedí un lugar sencillo, espacioso y nuevo. Y recibí esto.

Veo el polvo desde el otro lado de la calle.

—¿No es divino? —grita mi madre.

—Es... viejo.

Tan viejo que las piedras ya están asentadas, y las grietas son lo bastante profundas como para darle a la fachada un aspecto de cansancio. Una piedra del tamaño de un puño se afloja frente a mis ojos y cae por el costado del edificio.

Miro hacia arriba y encuentro un tejado con gárgolas. No en las esquinas, donde uno espera que estén, sino posadas al azar como una fila de cuervos. Recorro con la mirada las ondulantes ventanas y bajo por los seis pisos, hasta la marquesina de piedra tallada y agrietada sobre el vestíbulo.

Mamá se apresura hacia allí, pero se detiene en mitad de la calle para maravillarse con los «anticuados» adoquines que le otorgan a la calle tanto «carácter».

—Cielo —la llama papá, que va tras ella—, no te pares en la calle.

Deberíamos ser cuatro. Mamá, papá, Ben y yo. Pero no. Da murió hace cuatro años, y no ha pasado ni un año desde la muerte de Ben. Un año de palabras que nadie puede pronunciar porque traen imágenes que nadie puede soportar. Las cosas más absurdas te hacen trizas. Una camiseta que descubres detrás de la lavadora. Un juguete que rodó debajo de un armario en el garaje, olvidado hasta que a alguien se le cae algo y va a buscarlo y, de repente, está en el suelo de cemento llorando sobre un guante de béisbol.

Pero después de un año de ir por la vida de puntillas, intentando que los recuerdos no estallen como en un campo de minas, mis padres decidieron renunciar, aunque lo llaman cambio. Lo llaman comenzar de cero. Lo llaman justo lo que esta familia necesita.

Yo lo llamo huir.

—¿Vienes, Mackenzie?

Sigo a mis padres al otro lado de la calle. Debajo de la marquesina hay una puerta giratoria, flanqueada por dos puertas normales. Unas pocas personas —casi todas mayores— holgazanean alrededor de la entrada y en un patio que hay al lado.

Antes de que Ben muriera, mamá tenía arrebatos. Quería trabajar en el zoológico, ser abogada, chef. Pero solo eran arrebatos. Después de que él muriera, se convirtieron en algo más. En vez de soñar sin más, empezó a actuar. Con fuerza. Si le preguntas sobre Ben, finge que no lo ha oído; pero si inquieres sobre su nuevo proyecto —sea lo que sea en ese momento—, se pone a hablar durante horas, despidiendo una energía que podría dar electricidad a una habitación entera. Pero la energía de mamá es tan inconstante como brillante. Empezó a cambiar de carrera de la misma forma en que Ben cambia —cambiaba— de comida favorita: una semana queso, la otra puré de manzana... En el último año, mamá probó siete distintas. Supongo que debería estar agradecida de que

no haya cambiado de vida también, mientras estaba en ello. Papá y yo podríamos habernos despertado un día y encontrado una nota con su letra casi ilegible. Pero sigue aquí.

Otra piedra se cae al lado del edificio.

Quizá esto la mantenga ocupada.

El lugar abandonado en el primer piso del Coronado, escondido detrás del patio y debajo de la marquesina, es el futuro hogar del arrebato más grande de mi madre —ella prefiere llamarlo «proyecto soñado»—: Café Bishop. Y si le preguntas, te dirá que esta es la razón de nuestra mudanza, que no tiene nada que ver con Ben (solo que ella no diría su nombre).

Caminamos hacia la puerta giratoria y la mano de papá aterriza en mi hombro, llenándome la cabeza de un revoltijo de estática y sonidos graves. Me contraigo y me obligo a no apartarme. Los muertos son silenciosos y los objetos, cuando guardan sensaciones, permanecen en silencio hasta que eres capaz de adentrarte en ellos. Pero el contacto de los vivos es ruidoso. Las personas vivas no han sido recopiladas y organizadas; lo que significa que son un revoltijo de emociones, recuerdos y pensamientos todos enredados, que mantengo a raya solo gracias al aro de plata que llevo en el dedo. El anillo ayuda, pero no puede bloquear el sonido, solo las imágenes.

Intento visualizar una pared entre la mano de papá y mi hombro, una segunda barrera, tal como me enseñó Da, pero no funciona. El sonido sigue ahí, capas de tonos y estática, como radios mal sintonizadas, y después de un apropiado número de segundos, doy un paso hacia delante, fuera de su alcance. La mano de papá cae y el silencio vuelve. Relajo los hombros.

—¿Qué te parece, Mac? —me pregunta, y miro la pesada estructura del Coronado.

Me parece que quiero sacudir a mamá hasta que se le caiga otra nueva idea y nos lleve a otro lado.

Pero sé que no puedo decir eso, no a papá. La piel de debajo de sus ojos está casi negra y durante el último año ha pasado de ser esbelto a estar flaco. Mamá quizá podría proporcionarle energía a toda una ciudad, pero papá apenas se mantiene encendido.

—Creo... —le digo, logrando dibujar una sonrisa— que será una aventura.

Tengo diez años, casi once, y llevo la llave de casa colgada del cuello para ser como tú.

Me dicen que tengo tus ojos grises y tu pelo —cuando era marrón rojizo en vez de blanco—, pero a mí eso me da igual. Todo el mundo tiene ojos y pelo. Yo quiero las cosas que la mayoría de la gente no percibe. El anillo, la llave y la manera en que te lo guardas todo dentro.

Vamos en coche en dirección norte para poder estar en casa para mi cumpleaños, aunque yo preferiría quedarme contigo a soplar las velas. Ben duerme en el asiento trasero, y durante todo el camino de vuelta, me cuentas historias acerca de tres lugares.

El Exterior, sobre el que no gastas demasiado tiempo porque es todo lo que nos rodea, el mundo normal, el único que la mayoría de la gente conoce.

Los Estrechos, un lugar de pesadilla, de pasillos sucios y susurros distantes, de puertas y de una oscuridad espesa como el hollín.

Y el Archivo, una biblioteca de muertos, vasta y templada, de madera, piedra y cristales de colores, y una sensación de paz en toda su extensión.

Mientras conduces y hablas, una mano guía el volante y la otra juega con la llave que llevas en el cuello.

—Lo único que los tres lugares tienen en común —dices— son las puertas. Puertas para entrar y puertas para salir. Y las puertas necesitan llaves.

Observo cómo jugueteas con la tuya, pasándole el dedo gordo sobre los dientes. Intento copiarte y reparas en la cadena que llevo alrededor del cuello y me preguntas qué es. Te muestro la tonta llave de casa que cuelga de un cordel y el coche se llena de un silencio extraño, como si el mundo entero estuviera conteniendo el aliento, y después sonríes.

Me dices que puedo tener mi regalo de cumpleaños por anticipado, aunque sabes que a mamá le gusta hacer las cosas bien, y luego te sacas del bolsillo una caja pequeña y sin envolver. Dentro hay un anillo de plata, con las tres líneas que forman la marca del Archivo grabadas en el metal, igual que en el tuyo.

No sé para qué sirve, todavía no —una especie de anteojera, un silenciador, un amortiguador del mundo y sus recuerdos, de la gente y su infinidad de pensamientos—, pero estoy tan entusiasmada que prometo no quitármelo nunca. Y entonces el coche da con un bache y se me cae debajo del asiento. Te ríes, pero te hago salir de la autopista para poder cogerlo. Tengo que ponérmelo en el dedo gordo porque es demasiado grande. Me dices que ya me quedará bien cuando crezca.

Arrastramos nuestras maletas a través de la puerta giratoria hacia el vestíbulo. Mamá trina de la alegría y yo siento vergüenza.

El extenso recibidor parece salido de una de esas fotos en las que tienes que buscar los errores. A primera vista brilla, con sus mármoles, sus molduras en el techo y sus tonos dorados. Pero en una segunda ojeada, se nota que el mármol está cubierto de polvo, las molduras están agrietadas y el dorado cae activamente sobre la alfombra. Los rayos del sol entran por las ventanas, radiantes a pesar del vidrio avejentado, pero el lugar huele a tela de cortina que nunca se ha lavado. Este lugar alguna vez fue, sin duda, espectacular. ¿Qué pasó?

Dos personas se detienen ante una ventana en la entrada, según parece sin advertir la neblina de polvo a su alrededor.

Al otro lado del vestíbulo, una enorme escalera de mármol lleva al segundo piso. La piedra color crema probablemente brillaría si alguien la puliera lo suficiente. El empapelado tapiza los costados de la escalera y desde el otro lado de la habitación veo una ondulación en el diseño de flores de lis. Desde aquí parece una grieta. Dudo que alguien se diera cuenta, no en un lugar como este, pero se supone que yo debo percibir estas cosas. Estoy arrastrando mi equipaje hacia la ondulación cuando oigo mi nombre y me doy la vuelta para ver cómo mis padres desaparecen por una esquina. Levanto la maleta y los alcanzo.

Los encuentro de pie frente a un trío de ascensores justo al lado del vestíbulo.

Por su aspecto, las jaulas de hierro forjado del ascensor podrían aguantar sin peligro el peso de dos. Las personas que se encuentran delante de la ventana de la entrada nos miran como diciendo «¿estáis seguros de querer subir?», pero es demasiado tarde. Ya estamos entrando en uno de los ascensores, tres personas y cuatro maletas. Susurro una especie de plegaria mezclada con un improperio mientras cierro la puerta enrejada y presiono el botón del tercer piso.

El ascensor gruñe al cobrar vida. Quizá también haya música ambiental, pero es imposible oír algo más allá del sonido que la máquina hace solo por llevarnos hacia arriba. Nos elevamos sobre el segundo piso con gran lentitud, apretados por el equipaje. A mitad de camino entre el segundo y el tercer piso, el ascensor hace una pausa para pensar, y después traquetea hacia arriba de nuevo. Despide un estertor mortal al llegar al tercero, momento en el que abro las rejillas de un empujón y nos libero.

Anuncio que a partir de ahora voy a ir por las escaleras.

Mamá trata de pasar por la barricada de equipaje.

—Tiene cierto...

—¿Encanto? —la imito, pero ella ignora la mofa y logra liberar una pierna y pasarla sobre las maletas, que casi se derrumban cuando su tacón se engancha en una correa.

—Tiene personalidad —agrega mi padre, que la sostiene del brazo.

Me doy la vuelta para observar el pasillo y se me hace un nudo en el estómago. En las paredes hay una fila de puertas. No solo la cantidad que uno esperaría que hubiera, sino muchísimas más; inservibles, pintadas, unidas a la pared con empapelado, apenas contornos y marcos.

—¿No es fascinante? —dice mi madre—. Las puertas de más son de la época en que era un hotel, antes de que empezaran a tirar paredes, unir habitaciones y transformar espacios. Dejaron las puertas, empapelaron sobre ellas.

—Fascinante —repito. Y espeluznante. Como una versión bien iluminada de los Estrechos.

Llegamos al apartamento del fondo —con un «3º F» muy decorativo clavado en la puerta— y papá saca la llave y abre la puerta de par en par. El apartamento que hay detrás tiene la misma calidad gastada que todo lo demás. Habitado. Este lugar tiene marcas, pero ninguna de ellas son nuestras. En nuestra antigua casa, incluso al quitar los muebles y embalar las cosas, estas marcas se encontraban por todas partes. El rastro en la pared de cuando lancé aquel libro, la mancha en el techo de la cocina de cuando mamá hizo ese experimento fallido con la licuadora, los garabatos azules en las esquinas de las habitaciones donde Ben dibujó. Siento una opresión en el pecho. Ben nunca dejará marcas en este lugar.

Mamá emite varios oooh y aaah y papá deambula por las habitaciones en silencio. Yo estoy a punto de reunir el valor y atravesar el umbral, cuando lo percibo.

El roce de las letras. Un nombre escribiéndose en el trozo de papel del Archivo que llevo en el bolsillo. Saco la hoja —es aproximadamente del tamaño de un recibo y está

extrañamente limpia— mientras el nombre de la Historia se garabatea en cuidadosa cursiva.

Emma Claring, 7.

—Mac —llama papá—, ¿vienes?

Me escabullo de nuevo al pasillo.

—Me he dejado la mochila en el coche —contesto—.

Ahora vuelvo.

Hay una vacilación en el rostro de papá, pero asiente con la cabeza y se da media vuelta. La puerta cierra con un clic y yo lanzo un suspiro y me vuelvo hacia el pasillo.

Necesito encontrar esta Historia.

Para eso, debo ir a los Estrechos.

Y para ello, tengo que buscar una puerta.